

lo primero que se hace, antes de procederse á todas las manipulaciones que con los cadáveres se ejecutan, es depositar el cuerpo en algún objeto sobre la tierra; en este punto los alfares del Este siguen un procedimiento más sencillo que los malayos del Oeste, pues en Ceram atan el cadáver en posición encogida formando con él un envoltorio que llevan al bosque y colocan en las ramas de un árbol para recoger los huesos después de transcurridos algunos años, con lo cual indican que predomina en ellos el deseo de tener á los cadáveres lo más lejos posible. En cambio, los battas envuelven el cadáver en paños junto con las ofrendas que entre las tribus ricas consisten en dinero que se pone en los ojos ó en la boca del difunto para que, según ellos dicen, pueda el alma comprarse alguna cosa durante el viaje, colócasele después en un tosco ataúd, las más de



Un madagascarés de tipo negróide. (De una fotografía de la colección de Pruner Bei)

las veces en forma de canoa achatada (véase el grabado de la pág. 625), lo cual trae á menudo consigo que los remos sean una de las ofrendas puestas al lado del difunto. Los maanjanos ponen junto al cadáver todos los objetos de valor que en la casa del muerto se encuentran. También se espolvorea el cadáver con sal y alcanfor y se le rocía con la sangre de un gallo encarnado, hecho lo cual se cierra fuertemente el ataúd que se deja por espacio de algunos días, en medio de los lamentos de las sacerdotisas ó de mujeres ancianas, en la cabaña ó debajo de un cobertizo construido exprofeso en donde cada noche se llevan nuevos manjares al difunto. El enterramiento debía hacerse lo más pronto á los tres días de acaecida la muerte, como lo hacen los maanjanos de Borneo, ó á los cuatro según lo verifican los battas pobres; pero con mucha frecuencia permanecen los cadáveres sobre la tierra mucho más tiempo, á veces un número de años que puede depender así de las ideas que se tienen acerca de la suerte de las almas de los difuntos como de los cuantiosos dispendios que hay que hacer con ocasión de los grandes funerales últimos. La duración de la permanencia del cadáver sobre la tierra depende también del rango que tenía el difunto. Entre los lamponges los cadáveres de los caudillos son expuestos por espacio de 3, 7, 40, 100 y 1.000 días celebrándose después anualmente banquetes funerarios. Lo propio sucede en

Java, en Malaca y en las Filipinas, en donde se ofrece á los muertos especias, flores y otras cosas exquisitas y se cuelga del sarcófago una cáscara de coco con bebidas refrigerantes. Las costumbres que en materia de sepelios siguen los habitantes de Filipinas coinciden en parte exactamente con las que acabamos de describir. Los alfares de las islas orientales llevan á los sepulcros las primicias de la pesca cuya venta está prohibida. Por vía de excepción encontramos la costumbre que prevalece entre los milanos de Borneo, por ejemplo, y que consiste en depositar en el ataúd armas, manojos de sirih, cañones de bronce (que son la moneda de este pueblo) y vestidos y enterrarlo luego por espacio de tres días, tiempo durante el cual el difunto, según se cree, se prepara para el viaje. Transcurrido este plazo, Balu Adad, la mujer hermosa, entra en posesión del espíritu y lo conduce al otro mundo. Pero también en estas tribus del Norte de Borneo los restos de los cadáveres de los caudillos que resisten á la descomposición son encerrados en un jarro y metidos en un poste hueco de madera de hierro elegantemente labrada. Estos mausoleos son á menudo de grandes dimensiones y están esculpidos primorosamente, y como aquella clase de madera es poco menos que indestructible los hay cuya existencia puede datar de algunas generaciones. Algunas veces el catafalco que se construye sobre el suelo afecta, como el sarcófago, la forma de una embarcación. Bock vió en la casa de un caudillo de Longputi (Sudeste de Borneo) suspendido entre cuatro estacas un ataúd en forma de barca cuyos cuatro costados estaban pintados con líneas onduladas blancas, encarnadas y negras; en la cubierta había colocada la faja que solía usar diariamente el difunto y de un extremo pendía un trozo de madera labrada representando un animal que había de proteger al muerto durante su viaje al cielo. Delante del sarcófago alzábanse á ambos lados dos postes de bambú con antorchas de resina de Dammar. Junto al cadáver había continuamente un centinela y diariamente se colocaban en el sarcófago viandas y bebidas para el caso de que el difunto sintiera hambre. La tapa del ataúd estaba herméticamente cerrada con una pasta de cautchú, de modo que el cadáver, á pesar de haber transcurrido catorce días desde la defunción, no despedía ningún mal olor. Ignórase todavía cuándo tendría lugar el entierro, pues se decía que antes quería esperarse algún fausto suceso, como por ejemplo una buena cosecha de arroz y quizás también el apresamiento de algunas cabezas. Muchos battas proceden menos cuidadosamente con los restos que quedan después de la cremación de los cadáveres: realizada ésta, recógense ceniza y tierra todo junto y con ellas se llena un recipiente de madera redondo que es enterrado en el bosque y del cual nadie vuelve ya á acordarse. Lo único que se hace es mantener limpio el sitio en que se enterró.

A la conservación de los cadáveres va unida entre los sihonges de Borneo otra costumbre que aparece también en algunos puntos del territorio malayo y aun en Madagascar y según la cual el sarcófago es colocado en un túmulo y tiene en el fondo un agujero al que va enclavado un bambú cuyo extremo inferior llega hasta la boca de un puchero de tierra en el cual se recogen las partes líquidas del cadáver en descomposición. Al cabo de 49 días se retira el cacharro en medio de gran algazara viniendo uno de los hombres obligado á mirar en su interior y si en él se encuentra demasiado líquido fétido se aplica un castigo á los parientes del muerto. La creencia de que los gusanos que se forman constituyen el alma no la encontramos aquí pero aparece así en Madagascar como en otros puntos del archipiélago. Las almas

se presentan también en forma de orugas. El cacharro y el sarcófago son luego herméticamente cerrados y guardados en la casa hasta la *djamá*. Durante los 49 primeros días el cadáver es velado y como con ocasión de ello se juega y se divierten los veladores hay siempre aficionados á hacer estas guardias de honor. Dos veces al día se colocan manjares junto al sarcófago que se dejan allí por un momento siendo después arrojados á los cerdos. Una vez al día, por lo menos, han de exhalar los lamentos funerarios. Durante estas ceremonias se quema gran cantidad de incienso.

El período que media entre la muerte de una persona y su sepelio definitivo cuyo objeto es proporcionar descanso al alma que hasta entonces no ha tenido punto de reposo, es crítico para toda tribu malaya. Desde el momento en que los sordos y acompasados golpes de garangtong anuncian á la aldea un fallecimiento queda ésta declarada *lawen*, impura, y sus habitantes han de practicar determinados actos. Por de pronto se truecan en cierto modo las horas del día, pues partiendo del principio de que las almas de los difuntos vagan sin descanso por la aldea hasta la celebración de los funerales y de que envidiosas de los vivos causan á éstos toda clase de males y considerando que la noche es el día para las almas de los muertos y que durante la misma no dañan á nadie, todo el que por cualquier causa haya de salir de la aldea tiene que abandonarla antes de la salida del sol; si sale de ella más tarde, nadie puede hablar con él y todos evitan su presencia. Las mujeres se tapan el rostro y prorrumpen en las lamentaciones mortuorias. La defunción es considerada como una pérdida para toda la aldea y demuestra la unión íntima que existe entre los habitantes de la misma. Por esta razón se da gran importancia á que el que fallece muera en su propia casa y si muere fuera ha de ser necesariamente conducido á la aldea de donde es oriundo.

Como signos exteriores de luto hay el raparse la cabeza, los turbantes blancos entre los mahometanos de las Sulus y el taparse la cabeza entre las mujeres lloronas. Entre los maanjanos, que llevan 49 días de luto por un adulto y 7 por un niño, la familia del difunto no puede durante este tiempo comer arroz teniendo que contentarse con un carrioso llamado *djilai*, de color negruzco y de olor y sabor poco agradables. Está prohibido pronunciar los nombres de los muertos y en algunas tribus ni los vivos pueden pronunciar los suyos propios porque el nombre es fadi; de suerte que si se les pregunta cómo se llaman contestan cualquiera otra cosa distinta. Ellis cita como rasgo saliente del carácter de los hovas su afán por evitar cuanto pueden hasta el recuerdo de los fallecidos.

Es indudable que antiguamente los sepelios traían consigo casi en todas partes los sacrificios humanos (véase página 628) y es de creer que los que más cruelmente los hacían eran los milanos que ataban á un esclavo á un poste del sepulcro y lo dejaban morir de hambre para que en el otro mundo pudiera ser también criado de su amo. Antiguamente en el juego toping de los battas de que hemos hablado en la pág. 632 tomaban parte activa dos esclavos cuando el ataúd no había sido aún enterrado, pero mientras hacían sus payasadas se les daba muerte y sobre sus cuerpos, colocados uno á cada extremo de la tumba, se depositaba el sarcófago. Hagen relaciona también con ello la antropofagia diciendo á propósito de los battas: «El mismo sentimiento que les impulsa á conservar en su propia casa los restos de sus antepasados y que considera como castigo supremo el abandono de las cenizas de los muertos, este mismo fenómeno psíquico puede, por otra parte, ser causa de que á los peores criminales y á los más

odiados enemigos se les infiera el mayor insulto destruyendo de la manera más completa y deshonrosa su cadáver, es decir devorándolo. El miedo que inspira el alma errante del ejecutado puede también haber contribuido á generalizar la costumbre de que todos intervengan solidariamente en la ejecución comiendo un pedazo del cuerpo de la víctima.»

CAPITULO XXI.

RELIGIÓN DE LOS MALAYOS

«Demonismo en el cual desempeña un papel importante el culto de los antepasados.»

BASTIÁN.

Religión natural ó creencia en los antepasados?—Preponderancia de esta última.—Las llamadas estatuas fetiches.—Creencia en las almas que profesan los negritos.—Prueba de la mucha antigüedad de la misma.—Complicadas teorías sobre las almas.—Culto de los cráneos y de los huesos.—Adoración de cacharros antiguos.—Culto de los árboles.—Adoración de los animales.—Hombres tigres.—Superstición respecto de los tigres.—Pluralidad de espíritus.—Espíritus buenos y espíritus malignos.—Espíritus visibles y espíritus invisibles.—Amuletos y reliquias.—Creencia de los alfares en el Gankan.—Mitología malaya.—Divinización de los hombres.—Vaguez del ser supremo.—Batara Guru.—Fundamentos siwahistas y budhistas.—Kaloé.—Dios de la guerra.—Espíritu del mar.—Sol y luna.—Espíritu de los terremotos.—Leyendas mitológicas.—Idea del otro mundo.—El sacerdocio.—Hechiceros.—Sacerdotisas.—Fe y superstición.—Lugares destinados al culto.

La parte principal de las ideas religiosas más antiguas que constituyen entre los malayos, del mismo modo que en Polinesia, la adoración religiosa de los antepasados mezclada con una profunda fe en los elevados espíritus y con un poco de hechicería y un mucho de supersticiones. Con razón llama Bastián á esta religión «demonismo en el cual desempeña un papel importante el culto de los antepasados.» En este concepto andan equivocados los que hablan de una religión natural como fundamento de las creencias religiosas de los malayos modificadas más tarde por influencias indias y mahometanas. Esta expresión «religión natural» únicamente puede aplicarse á una parte de las manifestaciones de la necesidad de adoración que abarca muchas cosas y que se aferra á los más distintos objetos y fenómenos de la naturaleza y de la vida humana. Que la naturaleza tenga en ello una preferencia especial ó que sea históricamente más antigua y constituya, por ende, la raíz de donde surgió el tronco de la fe ó de la superstición, cosas son que ni han sido demostradas ni parecen verosímiles, antes bien hemos de ver que el culto de los antepasados y sobre todo la adoración de las almas tienen mejores derechos que todo otro principio á ocupar esta situación de superioridad. Al lado de este culto y de esta veneración sólo puede ser tenida en cuenta la naturaleza en cuanto ofrece al espíritu de estos pueblos algunas preguntas cuya contestación ha de buscarse en la esfera de lo sobrenatural; para esta investigación hay caminos determinados por los resultados de experiencias y conclusiones anteriores, conociéndose en general de antemano la contestación que sufre en cada caso especial insignificantes variaciones que se mueven dentro de la antigua rutina.

Diffícilmente escapa á los malayos la menor particularidad de la naturaleza, pero sus observaciones sólo sirven para poblar á ésta de nuevos espíritus salidos del culto de las almas y para conquistar nuevos amuletos y objetos que despiertan temor ó veneración. Todo objeto que de una manera inexplicable aparezca en un sitio en donde no se